

## **Rito y poder local en Chimbón, San Miguel Acatán, Huehuetenango**

*Angel Acuña Delgado*

### **Introducción**

Tras quinientos años de encuentro entre dos mundos, con la experiencia compartida que ello supone y las luces y sombras vividas en todo ese tiempo, los modos de pensar, sentir y obrar de los actuales descendientes de los pueblos originarios de América han cambiado, no sólo por el paso del tiempo, sino por las consecuencias del choque cultural. Las costumbres tradicionales se ven solapadas por la permanente exposición a influencias foráneas y a la persuasión de las nuevas tendencias culturales, es difícil resistirse a lo que viene de fuera, cuando se vende con la etiqueta de “progreso” y en estos tiempos de modernidad avanzada se puede observar cómo el estrechamiento de fronteras producido por la globalización, está suponiendo un notable avance de los procesos de aculturación y transculturación en las llamadas minorías étnicas.

Sin embargo, la llamada que los distintos estados latinoamericanos hacen a la “integración” de los pueblos indígenas y campesinos en un modo de ser nacional que vaya en consonancia con los nuevos tiempos, en unos modos de hacer homologados con los de “occidente”, ha tenido una respuesta desigual. En esencia se han producido cambios, pero estos poseen diferente grado de desarrollo que van desde sutiles formas de sincretismo a la asimilación pura y dura.

La civilización Maya ha sufrido históricamente como tantas otras el acoso y derribo de quienes viniendo de fuera usurpan el territorio y tratan de imponer nuevas formas de

comportamiento social, político, religioso, económico, etc., como mejores sin discusión. No obstante, a pesar de todo lo que ha caído y está cayendo, de los genocidios sufridos y del etnocidio sistemático al que están sometidos por la sociedad nacional dominante los distintos países, los mayas, en su diversidad, resisten y tratan de hacer valer su cultura.

En este breve ensayo no se pretende teorizar sobre el momento histórico que viven los pueblos mayas, sobre los cambios culturales producidos o sobre la heterogeneidad de la población; basándonos en un pequeño trabajo de campo realizado en octubre de 2000 en la aldea de Chimban perteneciente al término municipal de San Miguel de Acatán, dentro del Departamento de Huehuetenango (Guatemala), se pretende ofrecer una visión actualizada de algunas facetas de la vida cotidiana de esta población autodenominada "de costumbre", en la cual se resalta el importante papel que juega la cosmovisión entre los lugareños como soporte de identidad, útil para llevar una existencia más satisfactoria. Asimismo destacaremos también algunos aspectos sobre el uso y la percepción de lo corporal como parte de la propia visión que se tiene del mundo.

Consciente de la parcialidad en las apreciaciones aquí realizadas y de las muchas dudas que nos asisten, los trazos culturales que se presentan invitan a la reflexión e intentan desvelar someramente el esfuerzo de una comunidad campesina por mantener su identidad, ofreciendo una línea de análisis que se fija en la cosmovisión como principal factor y en el comportamiento corporal como indicador que permite interpretar el discurso latente.

#### Breve reseña etnográfica de Chimban

Dentro de la cordillera de los Cuchumatanes, a unos 2000 m. de altitud se asienta la comunidad de Chimban, aldea fundada en 1956 (según el alcaishá o jefe de la comunidad del año 2000), a una hora aproximadamente de camino a pie de San Miguel de Acatán, a cuyo término municipal pertenece. Cuenta con unos 600 habitantes repartidos entre unas 150 familias, pertenecientes al grupo etnolingüístico Maya Acateco. Las principales ocupaciones de la población son agrarias, centradas especialmente en el cultivo de maíz, a lo que se añade el de trigo, hortalizas y frutas. Asimismo se crían cerdos, gallinas y chompipes (pavos) para consumo doméstico. La tierra está repartida en pequeñas parcelas (minifundios) que producen lo justo para poder subsistir. Esta circunstancia, unida a la dificultad para el transporte y las comunicaciones, hacen que el comercio sea escaso, limitándose a pequeñas transacciones de compra y venta de productos mayormente agrícolas y ganaderos entre las comunidades y familias que habitan esta región. Todos los domingos por la mañana se realiza un mercado a donde acuden los campesinos próximos al lugar para vender y comprar mercancías (carne, hortalizas, cereales, frutas, textiles, cerámica, cestería, velas, etc.). Las

fiestas principales son del 2 al 5 de agosto con motivo del Patrón El Cristo de Esquipulas y el 31 de diciembre por el cambio (o renovación en su caso) del alcaishá.

Existe un colegio bilingüe y, según uno de los maestros, alberga a unos 140 niños, aunque no todos en la aldea están escolarizados ya que algunos permanecen en casa ayudando a su familia en el trabajo diario. El grado elemental permite la escolarización durante 7 años, sin importar la edad. Próximamente estaba previsto un plan de alfabetización de adultos para enseñarles a leer, escribir y hablar en castellano.

En el transcurso de la vida cotidiana las mujeres se hacen cargo generalmente de los hijos pequeños, de la casa y la preparación de la comida, mientras que los hombres se ocupan de las labores agrícolas. La milpa hoy día se abona sin dejarla en barbecho debido a no disponer de terreno suficiente para rotar la tierra.

La media de hijos por familia viene a ser de unos 6 o 7 y existe una tendencia muy acusada, sobre todo en los jóvenes varones, a emigrar a U.S.A. para trabajar en la agricultura o en la construcción y así enviar dinero a casa. Los estados de California y Florida son los destinos predilectos y son muchos los que se quedan por el camino o son deportados una y otra vez por entrar ilegalmente sin visado. El tendero Francisco, padre de 11 hijos nos decía tener 8 hijos en Los Angeles, quedando con él y su mujer tan sólo los 3 menores.

La autoridad política en Chimban recae en el alcaishá o alcalde auxiliar, el cual teóricamente se halla supeditado al alcalde de San Miguel de Acatán. No obstante, por tratarse de una aldea "de costumbre", en la práctica es soberano en la toma de decisiones, respetado y reconocido como máximo líder de la comunidad. El alcaishá es elegido anualmente por los residentes en la aldea el 31 de diciembre, junto a la entrada de un nuevo año, según el calendario cristiano, pudiendo ser reelegido. Para tal ocasión se celebra un interesante ritual festivo en donde, según los informantes, se canta, baila y se toma en abundancia.

El alcaishá está obligado a permanecer en todo momento localizable en el interior de la aldea para todo aquél que lo requiera. Su vida transcurre entre su casa y el templo orando y quemando continuamente, ya que, además de ejercer funciones de juez de paz, resolviendo los conflictos o litigios que se ocasionan entre las personas o familias de la comunidad (siempre que no sean asuntos excesivamente graves, como el asesinato, en cuyo caso lo pasa a manos de la justicia ordinaria), ejerce también de líder espiritual y está encargado de velar por el bienestar de todos, manteniendo una comunicación permanente con las entidades sobrenaturales que gobiernan los acontecimientos. Además lee el futuro de las personas que así lo solicitan, a través del oráculo, dejando caer cada

cual un grano de maíz en un cartón con el calendario maya para obtener un número al azar. Por esta suerte de adivinación, resuelta en uno 10 minutos por persona, las clientes, generalmente mujeres, ofrecen una gratificación de uno o dos quetzales (1/8 o 1/4 \$) y reciben sus pronósticos de futuro.

El alcaishá se distingue del resto de la población por la casa en donde ha de vivir junto con su familia y personas de confianza que le presten servicio. Dicha casa será destruida o desahitada cuando termine de ejercer el cargo. A diferencia de las viviendas que conforman el poblado, hechas con bloques de hormigón, la del alcaishá se construye al estilo tradicional con suelo de tierra, paredes de adobe y techo de madera y gramíneas, con planta rectangular de unos 30 m<sup>2</sup>.

Además de por la casa se distingue por ser el único, junto con los que viven con él, en poder pasar por el interior de un arco vegetal de aproximadamente 1 m. de ancho y 1.80 m. de alto hincado en el suelo, que se coloca frente a la puerta de entrada a su vivienda y frente a la puerta de entrada al templo. Las demás personas han de pasar por el lado, nunca por el centro.

El alcaishá es, pues, una figura muy importante en la vida comunitaria de Chimban, manteniéndose la creencia de que si no cumple bien su función puede traer mala suerte a la comunidad, lo que se traduce habitualmente en mala cosecha. El anterior alcaishá fue expulsado del cargo por los propios miembros de la comunidad antes de cumplir el año y sustituido por el actual al ser acusado de tener relaciones sexuales (lo cual le está prohibido durante todo el año) y en consecuencia de ser responsable de la mala cosecha de maíz sufrida en la temporada.

Si bien el alcaishá es la persona más sobresaliente dentro de la estructura social de Chimban, en lo material existe un edificio singular que le da a la fisonomía del lugar una señal de identidad: el templo o "iglesia de costumbre". En la plaza central de la aldea, frente a una alta cruz maya y al pedestal que sostenía la imagen esculpida de Tecún Umán (derrubada años atrás por el viento) se levanta un templo de unos 15 m. de alto por 10 de ancho y 25 de largo, hecho con suelo de tierra, paredes de adobe en bloques y techo de madera y gramíneas. El color de las paredes es blanco y la parte superior de la fachada principal en donde se encuentra la puerta de madera que da acceso al interior tiene forma triangular, con una cruz en el vértice e imágenes de animales (jaguar, quetzal) esculpidas en las paredes. Justo delante de la puerta a unos 3 m. de separación se encuentra el arco vegetal por cuyo interior sólo el alcaishá y quienes duermen bajo su mismo techo puede pasar. En su oscuro interior en donde no hay luz eléctrica y sólo 5 pequeños ventanales se encuentran unas 50 imágenes de santos católicos, 32 de ellos dentro de vitrinas, todos

alineados en fila y junto a las paredes laterales y frontal, el resto del espacio queda vacío y libre para que las personas practiquen su culto de costumbre.

Todas las tallas han sido compradas por la comunidad y entre ellas se encuentra también San Miguel tallado en madera del que dice el alcaishá que lo cortaron en el pueblo de abajo (San Miguel de Acatán) y se vino a Chimban para quedarse con los mayas "de costumbre" que si lo aceptan, como el mismo santo dice que relató. Es éste el lugar donde asisten diariamente los mayas que siguen la costumbre para encender candelas y orar tanto dentro como fuera del mismo.

#### Entre el Fuego y la Plegaria

El templo o "iglesia de costumbre" constituye un eje que articula la vida cotidiana de la población de Chimban. A excepción de la noche, que permanece con las puertas cerradas, desde el alba al ocaso es insistentemente visitada por hombres y mujeres, jóvenes o mayores que realizan sus oraciones y quema de velas y copal junto a sus santos predilectos. La acumulación de cera y restos quemados frente a los respectivos santos señalan a cuales de ellos se les presta más culto. Hay quienes sólo se detienen delante de uno y quienes visitan a varios dedicándoles una improvisada oración, encendiendo una o varias candelas (velas) a cada cual.

Antes de comenzar las faenas diarias, al terminarlas, o en el transcurso de la jornada, quienes siguen la costumbre visitan invariablemente el templo para practicar su ritual durante unos minutos o por más de una hora. De entre todos los vecinos, el alcaishá es el que sobresale en esta dedicación, ya que es una de las obligaciones que tiene encomendada como líder político y espiritual de la comunidad durante su año de encargo. Prender velas y hacer plegarias son comportamientos sobradamente conocidos en el culto católico al igual que el sentido o los sentidos que alimenta, sin embargo las formas que emplean los mayas de Chimban, al igual que otros muchos de distintos lugares que siguen la costumbre, son marcadamente distintas, al igual que los fundamentos religiosos que sostienen. Para aproximarse a la comprensión de la costumbre religiosa de este pueblo maya es preciso entender al menos dos ideas que consideramos básicas en la configuración de su propia visión del mundo: la idea de la muerte y la concepción de la naturaleza.

Lejos del dramatismo y del miedo a la muerte que se mantiene en la sociedad occidental, entre los mayas la muerte se concibe como una forma de pasaje, de tránsito a otro nivel de existencia, se cree en la vida de ultratumba así como en la inmortalidad del alma. La muerte de una persona querida es sentida y llorada porque ha dejado de tener

existencia física, pero se mantiene la idea de un reencuentro futuro en el mundo de los muertos. Los vivos tienen el deber de cumplir con una serie de obligaciones para con quienes no lo están, que, además de realizarse en las fechas próximas al día de los difuntos, en donde cada familia construye un altar en casa para tenerlos presentes y hacer ofrendas, se aprecian en la vida diaria por el recuerdo que se hace explícito en la oración. La comunicación con la vida en el más allá es permanente y como nos manifestaba el alcaishá "nosotros hacemos candelas para poder ver cuando estemos muertos, ...los católicos no ven nada, no hacen candela". En ese mundo de los muertos, que, aunque se sienta familiar, no deja de tener una buena carga de incertidumbre, la candela sirve para iluminar el camino a los parientes y allegados muertos, para ver y tomar consciencia de dónde se está. La candela se presenta así como un elemento de iluminación para los que son recordados en la vida de ultratumba. Sin embargo, también la candela entendemos que sirve como llamada de atención a los dioses o santos, para hacerse notar mediante un signo que identifica la devoción religiosa de un pueblo y que satisface a las entidades sagradas a quienes se dirige. Atraída la mirada de estos, la plegaria sirve como diálogo de negociación para pedir prosperidad en algún sentido, o dar las gracias por los bienes recibidos, ya que nada queda al azar y todos los acontecimientos están sujetos a la influencia de seres superiores y sobrenaturales. Las plegarias también se usan para interceder, dialogar con los dioses o santos protectores a fin de ayudar a que quien dejó su cuerpo físico descanse en paz y termine de morir.

El comportamiento apreciado en la aldea de Chimban hace pensar en un diálogo fluido y permanente entre los seres humanos y los seres sagrados, diálogo cotidiano en el que no hace falta mediadores, aunque se reconozca la autoridad o el poder de los sacerdotes mayas como personas que poseen un nivel jerárquico superior dentro del sistema religioso que envuelve toda la vida y tienen el privilegio de ver más allá que el resto, de conectar con los dioses y transmitirles los anhelos y necesidades de los humanos en las ceremonias y rituales colectivos y públicos realizando el sacrificio prescrito en cada caso. La vida religiosa cotidiana de los mayas de Chimban se desarrolla no obstante en el ámbito privado sin mediación alguna de sacerdotes.

Si bien la idea de la muerte está presente en la religiosidad maya, también lo está la concepción de la naturaleza y por inclusión de las entidades sobrenaturales que manejan su curso. Sobre la naturaleza podemos decir que poseen una visión holística, en cuanto que se concibe como un sistema integrado e interdependiente en el que todo tiene su razón de ser, manteniendo una relación de causalidad.

Por ello se mantiene la idea de respeto y no maltrato hacia los elementos que la componen: los árboles, los animales, la tierra, etc. evitando causarles daños innecesarios

por las consecuencias negativas que ello traería. Así, pues, en las plegarias se hallan presente también el culto y respeto hacia los nahual o dioses protectores como Itzamná (dios del sol, de la luz, que da calor y hace germinar la tierra), Ixchel (diosa de la luna, protectora de la fertilidad y la preñez), Chac (dios de la lluvia, del agua) Yum Kax (dios del maíz, de la agricultura, de la prosperidad y la abundancia), etc.

El alcaishá, como máximo líder de la comunidad debe tener un comportamiento ejemplar de acuerdo a los preceptos que dicta "la costumbre", ya que de lo contrario puede ser motivo de furia para los dioses, quienes pueden aplicar castigos a toda la colectividad que él representa. Su permanente servicio a la comunidad y su entrega a la oración son dos condiciones esenciales que hacen que su vida discorra entre su casa y el templo, también se contempla su pureza o abstinencia sexual como parte del compromiso.

No obstante, aun siendo Chimban una comunidad de costumbre, la tradición religiosa maya se mezcla con la influencia católica, reinterpretándose algunos elementos de esta última en base a los fundamentos de la primera y no al contrario como ocurre habitualmente en las iglesias católicas, que introducen ciertos componentes mayas para hacer el mensaje cristiano más familiar a los feligreses. En el templo llamado explícitamente "iglesia de costumbre" no está permitido que un sacerdote católico imparta misa, ni practique ninguno de sus habituales ritos: bautismo, comunión, matrimonio, extremaunción, tampoco hay ningún cáliz con hostia consagrada que haya que custodiar es un espacio en donde se ora y se prenden candelas, pero no es un espacio totalmente vacío ya que está repleto de santos católicos a los que se les rinden culto, eso sí, bajo la tradición maya. Así, pues, aunque la creencia y el ritual siga realizándose de acuerdo a la costumbre se aprecia una desviación de la mirada hacia entidades sagradas que pertenecen a otra tradición religiosa con lo que se suma así un elemento nuevo que no contradice, en este caso, la propia práctica.

El ritual llevado a cabo para la elección del nuevo alcaishá el 31 de diciembre muestra igualmente una mezcla entre la costumbre y la influencia exterior, al mantenerse la vigencia de una figura emblemática para la dinámica grupal y la cosmovisión tradicional, pero celebrada un día que no marca realmente el final del año, según el calendario maya.

También se pueden encontrar actitudes sincréticas en el ejercicio adivinatorio que observamos repetidas veces en el alcaishá. La fe de las personas en la palabra que salía por la boca de éste se podía apreciar en el rostro y la mirada atenta y luminosa que mostraban mientras leía el futuro, sin embargo, el oráculo utilizado para realizar tal práctica era un texto editado para aficionados al esoterismo que expresaba pronósticos tales como: "se hará rica", "hará buen negocio", "será traicionada por un vecino o amigo", "tendrá suerte

en amores”, “le caerá una enfermedad”, etc., mensajes todos que hacen alusión a las constantes de salud, dinero y amor, y que describían situaciones propias de la sociedad de consumo, muy alejadas con frecuencia de la realidad y la experiencia vivida por los del lugar. En cualquier caso, la creencia en la predestinación, en un futuro escrito y diseñado desde instancias sobrenaturales persiste, eso sí, con imágenes añadidas, con anhelos y expectativas que se han ido instalando en el imaginario de la gente por la exposición a influencias foráneas.

La dura y austera vida en Chimban hay que aliviarla de algún modo, acudir bien sea al oráculo para saber o ilusionarse en saber lo que va a ocurrir, o bien al alcohol para olvidar lo ocurrido, son recursos habituales, pero sobre todo en esta comunidad predomina una imagen, una estampa que marca la vida del lugar y define las aspiraciones y los recursos a los que se hecha mano para seguir viviendo con dignidad; el parpadear de las candelas, el olor a incienso, a cera y a copal y el murmullo de las plegarias ensimismadas dibujan esa estampa. La vida en Chimban se filtra a través del templo, es allí donde los que practican “la costumbre” se encuentran a diario con mayor o menor frecuencia y vierten sus deseos sobre el presente y el futuro, construyen una parte de la realidad que es contrapunto y suaviza a la otra parte en donde la marginación social y política, la miseria económica, la violencia sangrienta y la injusticia se hacen presente. Poderosos rivales con los que luchar solos, aunque el espíritu comunitario da fuerzas, ésta parece acrecentarse con la ayuda o al menos compañía de los santos o dioses protectores, junto a ellos la visión del mundo no es tan severa, los acontecimientos se relativizan y se mira más allá de lo que se puede ver. En ese más allá las cosas se perciben diferentes, siendo preciso llevarse bien con quienes se piensa que se va a compartir, cuando llegue la hora, un tiempo eterno. Quemar y orar marca la vida de los mayas que son de costumbre. En las numerosas horas pasadas en una esquina del interior del templo, en la penumbra del atardecer, momento en el que suele concentrarse un mayor número de personas, fijando la mirada allí donde se desprende más luz, el ambiente oscuro y silencioso llega a embriagar hasta tal punto que la gente se vuelve casi invisible, dejándose notar, eso sí, por el murmullo inconfundible de las plegarias, de la oración libre e improvisada que acompaña el continuo destello de las candelas, las cuales, con sus subidas y bajadas de intensidad, parecieran ser las que emiten también el sonido a modo de concierto. Un concierto de candelas sí, que nos evoca una situación cargada de poesía, aunque se trate de trazos poéticos entresacados de un texto, como es la vida cotidiana, escrito con una prosa dura y contundente.

### El Cuerpo como Discurso

Penetrar en la lógica de pensamiento de un grupo humano como Chimban no es tarea fácil, en cuanto que las preguntas que se hacen sobre los comportamientos observados quedan normalmente sin respuestas o éstas son bastante ambiguas, por ello, a falta de información oral, se hace útil recurrir a otras fórmulas de lenguaje que ofrezca pistas sobre la intencionalidad oculta de los anfitriones, en ese sentido, un buen medio lo tenemos en la corporeidad, en el lenguaje del cuerpo. La atenta observación del cuerpo en movimiento, al igual que las candelas en concierto, nos permite comprender mejor el modo de ser de los mayas de Chimban en algunos aspectos.

Es preciso señalar que nos estamos ocupando aquí de una población que ha sido víctima de una guerra prolongada por casi 40 años, presa de catástrofes naturales, que vive de manera austera con mucho esfuerzo del duro trabajo agrícola, gente por tanto marcada por el infortunio, pero agarrada a algunas de sus señas de identidad para no perder la dignidad. Ante un panorama así es preciso idear fórmulas para obtener alivio y no ser presa también de la desesperación.

Si bien el continuo tránsito por el templo para quemar y orar de rodillas en una actitud reposada, constituye un alivio psicológico y corporal, al hacer un alto en el trabajo y aferrarse a la costumbre, existen otras formas de alivio que se muestran de manera visible, una de ellas, como contrapunto de la anterior, es acudir al alcohol. El trago sin medida hasta caer al suelo casi sin conocimiento es un hecho frecuente en tiempo de fiesta que se puede observar también en lo cotidiano, aunque no en el mismo grado, ya que las economías familiares no lo permiten. Entrar en la cantina a tomar cerveza o más aún el aguardiente popular “quetzalteca” tiene asegurado en la inmensa mayoría de los casos salir ebrio, el límite está en el dinero disponible o en lo que admita el cuerpo hasta no poder más, si se empieza a tomar la intención está muy clara, no hay término medio. La bebida alcohólica por tanto hay que contemplarla como una importante a la vez que peligrosa droga utilizada por la población de manera bastante generalizada (más en hombres que en mujeres), a través de la cual se evade la dura realidad por algunas horas, aunque inconscientemente se construye otra más destructiva marcada por el alcoholismo que hace mella en la cohesión familiar y comunitaria, ya que acarrea numerosos conflictos. La mirada perdida, las palabras o frases entrecortadas, sin fuerza, desafiante a veces, y el cuerpo tambaleante de la persona afectada ofrecen una imagen preocupante por las consecuencias que ello acarrea para el colectivo y por ser un camino de no retorno para algunos. El panorama sin embargo, aunque preocupante por marcar una tendencia, no es del todo desalentador, ya que la tradición viva en la mayoría de las personas tiene un hondo calado, posee sus mecanismos de defensa y aprovecha el estado de sobriedad para mantener el orden en la vida social y no el caos que se crea con la embriaguez.

Por otro lado, existe un recurso tradicional de alivio corporal, invariablemente practicado por todos, que ayuda a compensar las fatigas del trabajo: el uso del baño de vapor como fórmula no sólo de aseo sino también de terapia. El "temazcal", "chuj", "tuj" "aká" (este último término en acateco), nombres que adopta este procedimiento maya es muy conocido en todo el altiplano guatemalteco. En Chimban se suele utilizar unos 2 o 3 días en semana, aunque hay quienes, como el alcaishá, lo usa casi todos los días.

Además de servir para el aseo personal en un ambiente frío como éste, por la altitud a que se encuentra, es un recurso terapéutico contra el catarro, los dolores musculares, de articulaciones, de cabeza o de estómago, también se considera útil para las mujeres embarazadas, pero está contraindicado para las personas que tienen fiebre, entendiéndose que un aporte adicional de calor puede empeorar la situación.

El chuj o aká es un espacio muy apreciado en Chimban, se muestran caras de satisfacción cuando se pregunta por él, lugar destinado al descanso y a la relajación, en donde el calor ablanda y distiende el duro y maltratado cuerpo. Ir a "chujitear" supone disponer de un tiempo para gozar, disfrutar el cuerpo, sentirse, pues, aliviado de los rigores que entraña lo cotidiano.

Los mayas de Chimban dan muestras de una gran resistencia corporal, acostumbrados a vivir en altura, caminan con destreza por los accidentados relieves y grandes pendientes del lugar y pueden transportar sobre la espalda cargas muy pesadas sin aparente síntoma de agotamiento. El caminar suele hacerse con el cuerpo erguido y decidido, pero con la cabeza baja; los movimientos son en general lentos, como consecuencia probable de una adaptación a la altitud, y no apreciamos mucha gestoforma expresiva, el discurso oral no va muy acompañado de movimientos de manos o expresiones faciales, aunque la posición corporal suele ser muy significativa en la interacción, pudiéndose apreciar en ella el grado de atracción o rechazo hacia el interlocutor. Las distancias conversacionales se acortan notablemente en los estados de embriaguez, al igual que aumenta el contacto físico y la inestabilidad emocional, se toca más al otro y se pasa con facilidad de la risa al llanto, de la alegría al desconsuelo o a la violencia.

El alcohol deshinbe y hace aparecer normalmente otra personalidad que de manera recurrente termina mostrándose desafiante y agresiva, circunstancia que no suele aparecer en lo cotidiano.

Los niños y niñas pequeños imitan jugando escenas de la vida adulta tales como el transporte del maíz en mula, las maniobras de un camión haciendo obras en la carretera, o la llegada del autobús a la aldea, utilizando para ello pocos medios materiales (una lata y un palo, un viejo triciclo, etc.) y mucho ingenio.

El tejo (tirando monedas a ver quién se acerca más a un palito hincado en el suelo) o el tente, con o sin pelota (pillando a la carrera a los compañeros para pasarle el turno de perseguidor), son también juegos frecuentes, al igual que el fútbol improvisado con cualquier objeto que rueda y se pueda golpear como una botella de plástico vacía. Todo lo cual muestra un panorama lúdico en los más pequeños que apunta a ser funcional en lo que respecta a aprender las pautas de conducta de los mayores y fructivo por entrañar placer en sí mismo. Los jóvenes por su parte se divierten jugando al fútbol al tiempo que compiten mostrando sus habilidades en este terreno. Mientras que los adultos y mayores no descargan sus tensiones en este u otro tipo de actividades lúdicodeportivas.

A través del comportamiento corporal se pueden apreciar algunos signos diferenciadores de estatus. En la casa del alcaishá las mujeres entran y salen por la puerta lateral y no por la principal como hacen los hombres, lo cual pone de manifiesto una distinta consideración a nivel de género; y como hemos señalado antes, sólo el alcaishá y los que comparten su vivienda pueden pasar por el interior del arco vegetal que se halla presente delante de la puerta del templo y frente a la puerta principal de su propia casa, el resto han de rodearlo, respetando la costumbre, lo que marca también diferencias en la estructura y dinámica social. Y es en lo corporal en donde se reflejan algunas de las restricciones impuestas al alcaishá, como ocurre con la abstinencia sexual que ésta debe guardar durante el tiempo que se mantenga en el cargo. La pérdida de semen se entiende como un debilitamiento de la persona, una pérdida de energía y de pureza que en el alcaishá no se puede consentir ya que tiene que emplear toda su fortaleza para obrar en beneficio de la comunidad. De hecho tampoco realiza tareas agrícolas para evitar sudar y desgastarse, dedicándose por entero a mirar por el bien colectivo.

Con estas pocas observaciones en torno al cuerpo en movimiento no se pretende en este caso penetrar a fondo en la visión del mundo que poseen los mayas de Chimban, pero sí llamar la atención de que dentro del proceso total de comunicación, el lenguaje corporal en amplios sentidos (no tratados aquí) se presenta como un importante vehículo para acceder a campos semánticos a donde es difícil llegar a través del habla. Chimban es posiblemente uno de los pocos lugares en donde se vive más intensamente la costumbre maya, costumbre que los del lugar practican con el ejemplo, sin necesidad de dar explicaciones. Para un observador extranjero, ya sea investigador social o simplemente curioso de la cultura, las pocas respuestas que se obtienen de las innumerables preguntas que surgen sobre la razón de ser y hacer las cosas en esta comunidad, se recogen como valiosos regalos que se tratan de encajar unos con otros a modo de puzzle buscando la coherencia lógica de los comportamientos.

No obstante, ante la parquedad de información oral, es preciso dedicar mucho tiempo a la atenta observación de tales comportamientos, a los metalenguajes que estos llevan implícitos para situarse en torno al sentido. En este caso, el papel simbólico que poseen las candelas, así como el propio lenguaje corporal constituyen dos importantes puntos de apoyo para seguir conociendo y comprendiendo una cultura que, como la de Chimban, estuvo en otro tiempo más extendida.

#### BIBLIOGRAFIA

- Herrera, S.  
1996 "Algunas consideraciones sobre la antropología de la muerte en Guatemala". En Estudios, 3-96.
- López, J.  
1995 "La sangre y las categorías culinarias entre los chortis del oriente de Guatemala". En Tradiciones de Guatemala, 44
- Salazar, M. y Telón, V.  
1999 "Valores de la Filosofía Maya". En Valores de la cultura maya. Desarrollo con identidad. Guatemala: Fundación CEDIM .
- Villatoro, E.  
1986 "El baño de vapor tradicional un recurso terapéutico en el altiplano guatemalteco". En La tradición popular, 59.
- Vogt, E.  
1993 (1976). Ofrenda para los dioses. México: F.C.E.

*Aportes a la  
Investigación*